

NOTAS TEATRALES

Una noche memorable en el Español

EXITO APOTEOSICO DE "LA TRAGEDIA DE MACBETH"

Se ha hecho ya tónica la frase de que nuestro teatro atraviesa una lamentable época de decadencia. Los más optimistas aducen que estamos en un momento de transición, en que los viejos conceptos y antiguas maneras dan sus últimos estertores agónicos, mientras junto a ellos resurgen vigorosos y pujantes los hitos que van acotando el ancho y brillante campo del porvenir inmediato y floreciente.

Pero cuando uno se encuentra frente a una manifestación teatral como la que se nos dió anoche en el Español, piensa en el error de uno y otro de los criterios anotados. No atraviesa el teatro en España momentos de decadencia ni de transición; lo que pasa es que se desenvuelve en un ambiente de perezosa atención, casi de abandono, por parte de quienes tienen la inexcusable obligación de velar por su prestigio. Empresarios codiciosos, sin más inquietudes que el beneficio de taquilla, actores henchidos de vanidad, que solo buscan el halago de un divismo, casi nunca al servicio de un noble empeño artístico; autores que participan de los mismos afanes de empresarios y actores... Y así se nos da un teatro pobre, intrascendente, a base de obras "standard", decorados "standard" e interpretaciones "standard", que aburre a los espectadores, desespera a los críticos y va dando al traste con el decoro y prestigio de la escena española.

El "Macbeth" que anoche se nos dió en el Español es un buen clarín en pro de cuanto decimos. Que no se hable más de la decadencia de nuestro teatro ni de nuestra época de transición, porque ambos conceptos pasarán al olvido en cuanto en todos los empresarios, actores y autores prenda la firme voluntad de hacer buen teatro; teatro serio y digno de la que se alto exponente esta representación de "La tragedia de Macbeth".

Voluntad de hacer buen teatro es la que ha animado a todos los elementos del Español en esta empresa. Nada desconocido y sol-

prendente hay en su realización; nada hay de extraordinario en los medios utilizados para el montaje. Hay sólo un concienzudo estudio previo de la obra a representar y una entrega absoluta a su servicio, sin prejuicios de lucimientos parciales y efectismos plásticos fáciles a la expectación general.

...

Sobre un fondo de Menos claros, en los que los focos proyectan las distintas tonalidades que la tragedia exige, transcurre toda la acción de ésta. Genial concepción del realizador Cayetano Luca de Tena, que consigue así, con sólo este fondo, el juego de proyectores y los motivos musicales—maravillosamente logrados por Parada—transmitir en todo instante al espectador de manera plena la emoción exacta que subyace a la obra, en una sinfonía ininterrumpida de sensaciones visuales que seducen y embriagan el ánimo sin que el espectador se dé apenas cuenta de ello.

Este es uno de los aciertos de la presentación, pero la situamos en primer término del comentario, porque él hace posibles todos los demás: sin él no ganaría la fuerza dramática que tienen las escenas de las brujas conjurantes, ni el asesinato de Banano, ni las de la cena con las alucinaciones de Macbeth; cuadro éste en el que la belleza y grandiosidad con que está concebido y resuelto adquiere proporciones gigantescas jamás vistas hasta ahora en nuestra escena.

Y constantemente los colores del foco van actuando en los menores detalles, iluminando unas figuras cuando éstas adquieren importancia, dejándolas en la sombra cuando la atención es requerida por otras, con lo que el juego escénico, perfectamente medido y logrado, adquiere un ritmo maravilloso.

Así ocurre en el cuadro de la entrevista de Macbeth

con los asesinos, y en el del asesinato de Duncan, y en las escenas de sonambulismo de Lady Macbeth, cuyo acento trágico y grandeza delirante acentúa las proporciones arquitectónicas de los techos que cubren toda la escena y el pasillo del fondo, lo que da, además, en todo instante—singularmente en los interiores—una grandiosa solemnidad a las escenas.

Nos faltaría espacio y tiempo para seguir analizando los aciertos que se han concitado en esta representación. Concretemos, pues, el elogio, además de lo dicho en la labor de Burmann, que ha hecho unos motivos breves de escenografía, que culminan en el trazado del campamento, en el cuadro final del asalto, y en la manera de ver la colocación de puertas, gradierias y muebles, a tono todo con la ruda y fuerte naturaleza medieval a que sirven; en la del maestro Parada que, como ya hemos dicho, ha compuesto unos números musicales inspiradísimos y perfectamente ajustados a la acción; en la del realizador Cayetano Luca de Tena, cuyo gran temperamento artístico y rara inteligencia teatral se consagran definitivamente con esta empresa, y la de los actores.

Párrafo aparte merece Vicente Sotor, que al hasta ahora se nos manifiesta como actor lleno de ricas facultades, la creación que hace de Macbeth le coloca en la línea cumbre de la escena española. Cómo entendió, sintió y dió el completo papel; el tono de voz, el gesto, la expresión de reacciones, el ademán que usó en todo momento, le emparejan con nuestros grandes trágicos.

Y párrafo aparte merece también la versión que de la obra ha hecho el brillante escritor Nicolás González Ruiz. No sólo con el texto inglés a la vista, sino con todos cuantos merecían sol-

vencia crítica o especulativa sobre esta magnífica producción shakesperiana, ha llevado a la escena española—con un gran sentido teatral además—. "La tragedia de Macbeth", fundiendo escenas, cortando párrafos—como el monólogo del portero, de autenticidad dudosa—y dando al diálogo una fluida elegancia y una inteligente concisión que, sin perder su acento poético y su substancialidad filosófica le aligera del peso de las largas y sentenciosas disquisiciones del original. Tan feliz y tan solvente ha sido el logro, que esta versión quedará ya como referencia obligada para el estudio del teatro de Shakespeare.

Mercedes Prendes, muy acertada en un papel que excedía de sus facultades, y en el que, sin embargo, logró momentos de gran relieve; admirable de sobriedad y justeza, Brugerías; afortunadísimo en su breve intervención, Horna; muy bien Amparo Reyes, y José Franco y todos los demás, sin distinción, en un gran conjunto de disciplina y responsabilidad.

El público distinguido que abarrotaba el teatro y en el que figuraban destacadas personalidades del arte y la literatura, escuchó la obra con visible emoción y subrayó con espontáneos aplausos todos los cuadros, tributando al final a artistas, animadores y traductor—que tuvieron que salir a escena—una clamorosa ovación.

Manuel Augusto García Viñolas, ilustre director de teatro Español, bajo cuya orientación y constante vigilancia se realizó esta magnífica manifestación teatral, merece el elogio y la gratitud de cuantos sentimos viva inquietud por la suerte de la escena española, tan necesitada, como al principio decimos, del estímulo de estos ejemplos.

R. de los REYES